

Desde la Torre

9/10/24

9

Se preguntaba C.S. Lewis en su ensayo *An Experiment in Criticism*, qué nos impulsa a leer, por qué motivo nos importan las historias que les han ocurrido a otras gentes, en lugares que no son el nuestro; historias que tal vez nunca han ocurrido o que, de haberlo hecho, han sido transformadas por el tiempo y la imaginación del autor.

Respondía que, como arte de la palabra por medio del cual se expresan sentimientos, se comunican ideas o se divulga información, la literatura transmite un *logos* a través de la *poiema*, la factura artística en el que se expresa. El *logos*, que con su significado genera la forma en la *poiema*, sería territorio común a toda la humanidad. De ahí que sus mensajes nos interesen, pues explican, revelan o resaltan algo que compartimos con nuestros congéneres.

Habría quien argumente que esas historias que antes narraba la literatura, actualmente nos llegan a través de las noticias, las historias de las redes sociales, los *shorts*, o cualquiera de estas nuevas formas de comunicación, pues también en ellas aparecen historias propias y ajenas. Sin embargo, otros opinamos que no se encuentran en ellas la complejidad y belleza que encontramos en una narración literaria. En primer lugar porque son historias fragmentadas, generalmente adornadas y falseadas bajo capa de experiencia real. En cambio, cuando tomamos una novela entre las manos, entendemos perfectamente que estamos ante una obra de ficción, ante la cual decidimos suspender la incredulidad.

Las historias de las redes sociales son unidireccionales y parciales; giran alrededor de su protagonista, que a la vez es el vocero. Sólo nos llega la posición de uno de los narradores; carecen de perspectiva, no toman distancia del hecho narrado y adornan y falsean la experiencia para acomodarla a los gustos del que la escucha. Y no pretenden alimentar el gusto estético, tan solo la curiosidad o el chismorreo. Carecen de hilo argumental, o no lo desarrollan de forma lo suficientemente extensa como para que el lector se recree en los matices del relato. Suponen una colección de anécdotas; cuentan, pero no narran, pues les falta por completo el componente artístico que haga de su expresión una obra de arte; el *logos* no ha inspirado ninguna *poiema* apreciable. Por lo demás, suelen ser impudicamente exhibicionistas. Los *influencers* y *tik-tokers* tal vez tengan su espacio, incluso su mérito, pues establecen conexión con la época, con los tics del momento, con la gente de su generación; sin embargo, actúan en ámbitos muy diferentes al de la literatura.

Mientras que en la obra literaria buscamos profundidad, genialidad, encuentro con el misterio de las cosas, otras sensibilidades, en un lenguaje usado de forma personal que actualice la capacidad creativa que poseemos.

Desorientados como estamos, viviendo una distopía que se manifiesta a través de la reescritura de la historia, la creación de una neolengua, el control de la población mediante los medios de comunicación, el consumo de sexo, drogas y tecnología, ¿quién puede saber lo que ocurrirá con la literatura en el futuro?

Sin embargo, en el ser humano permanece siempre el deseo de comunicar la propia experiencia, entender la de los otros, comparar nuestra vida con la de ellos, recrear ideas, sentimientos o emociones y, además, darles una forma artística. Por ello, hemos de confiar en que eso que llamamos literatura existirá mientras el ser humano exista.